

COMISION NACIONAL

DEL

CENTENARIO DE JUAREZ.

••

DELEGACION

DEL

ESTADO DE CAMPECHE.

RECUERDO

DE LAS FIESTAS VERIFICADAS

EN LA

CAPITAL.

••

1806. Campeche. 1906.

Imprenta del Gobierno del Estado.

Calle de "América," N.º 42.





MUSEO ARQUEOLOGICO
ETNOGRAFICO E HISTORICO
"CAMPECHE"



CENTENARIO DE JUAREZ.





COMISION NACIONAL
DEL CENTENARIO
DE



Juárez.

DELEGACION
DEL
ESTADO DE CAMPECHE.
~~~~~  
RECUERDO  
DE LAS FIESTAS VERIFICADAS  
EN LA  
CAPITAL.

Campeche.

IMPRESA DEL GOBIERNO DEL ESTADO.

Calle de "América," N.º 42.



## BREVE RESEÑA DE LOS TRABAJOS DE LA DELEGACION

### Y DE LAS FIESTAS DEL CENTENARIO.



LA Delegación en el Estado, de la Comisión Nacional del Centenario de Juárez, encargada de dirigir las fiestas que con motivo del centésimo aniversario del natalicio del ilustre patricio Licenciado Benito Juárez debían celebrarse en el Estado, inició sus trabajos el 22 de Abril de 1905, habiendo sido nombrados, componentes de la Delegación, por la referida Comisión Nacional, los Señores Doctor Tomás Aznar y Cano, Fernando Berrón, Antonio I. Ramírez, Fernando Carvajal Estrada, Francisco Perera Escobar, Ignacio Martínez Alomía, José García Gual, Cenobio C. Inclán y Manuel Lavalle Covián. El Señor Gobernador del Estado, Licenciado Don Luis García Mézquita, ofreció el salón de actos del Palacio de Gobierno para efectuar las juntas, así como su valioso concurso para el mejor desempeño de sus funciones. En la misma fecha citada se procedió á la elección de la mesa habiendo resultado electos: Presidente, Doctor Tomás Aznar y Cano; Vice-Presidente, Señor Fernando Berrón. Vocales: Señores Antonio I. Ramírez, Fernando Carvajal Estrada, Francisco Perera Escobar é Ignacio Martínez Alomía. Tesorero: Señor José García Gual. Secretarios: Señores Cenobio C. Inclán y Manuel Lavalle Covián.

El Señor Presidente presentó las proposiciones siguientes:

1º Nombrar las personas que en los diversos Municipios del Estado deban formar los Comités respectivos, designando preferentemente á ciudadanos independientes con el objeto de demostrar que no era el elemento oficial el encargado de esta celebración, sino todos los ciudadanos en cuyos pechos anide el sentimiento patriótico de gratitud para sus benefactores.

2º Solicitar del Gobierno la publicación de mil ejemplares de las Bases de la Comisión Nacional para hacerlas conocer del público.

3º Solicitar el concurso pecuniario de los habitantes todos del Estado para celebrar con la solemnidad debida el centenario, acordándose para comodidad de los contribuyentes mandar fijar en los lugares de mayor afluencia de gente, alcancías, á fin de que su óbolo cooperativo sea absolutamente espontáneo.

4º Encarecer á todos los Comités Municipales preparen algo que perpetúe el recuerdo del centenario, inaugurando, según los fondos recaudados, un busto del Benemérito, placas conmemorativas, ó aunque sea la plantación de árboles que formen un paseo ó una avenida que llevará el nombre de Juárez.

5º Nombrar sub-delegados en los barrios de la ciudad para secundar los trabajos de la Delegación, organizando periódicamente conferencias públicas á fin de ilustrar á las masas sobre la vida y obra de Juárez, para justificar ante ellas la celebración del centenario.

Todas las proposiciones anteriores fueron unánimemente aprobadas pues llenan las condiciones exigidas por la Comisión Nacional, despiertan el sentimiento patrio y preparan el desarrollo progresivo de los trabajos de la Delegación, hasta llevar en su lógico encadenamiento las premisas del programa general.

Oportunamente informaban á la Delegación, las personas nombradas en los diversos Municipios, la instalación de sus respectivos Comités y el comienzo de sus trabajos de acuerdo con las Bases remitidas. Era la confirmación de que el

sentimiento de admiración por el incorruptible é incommovible indio de Guelatao, vive en el libérrimo pueblo campechano, como que este ilustre nombre le trae á la memoria cruentos sacrificios y heroismos, de los aguerridos defensores del postrer baluarte del golfo en que flotara la bandera de la República.

Los Comités, lo mismo que la Delegación, seguían fielmente los trabajos acordados en la primera junta debido á la actividad y celo de su Presidente, que unido á su prestigio social y político, hacía que los trabajos iniciados marchasen sin entorpecimiento.

Pero debido á la muy sentida muerte del íntegro gobernante Licenciado Don Luis García Mézquita, liberal por convicción y demócrata sincero, la H. Legislatura designó acertadamente al ilustrado Doctor Tomás Aznar y Cano para regir los destinos de nuestro Estado; y este Señor en junta celebrada el 10 de Julio de 1905, manifestó no poder continuar presidiendo la Delegación por haber sido honrado con el alto cargo de Gobernador interino constitucional, fundando su renuncia en la base III de la organización de los trabajos, promulgada por la Comisión Nacional. Todos los componentes de la Delegación lamentaron la separación del Doctor Aznar y Cano de la Presidencia, pues lo reconocían como único autor de los trabajos de organización y propaganda con tanto éxito llevados. Como un testimonio de reconocimiento por sus valiosos trabajos, la Delegación acordó dejarlo de Presidente honorario, encargándose de la dirección activa el Señor Fernando Berrón como Vice-Presidente.

El Señor Gobernador Aznar ofreció á la Delegación su completo apoyo en la órbita de sus atribuciones oficiales, para llevar á feliz término los trabajos iniciados. Y tuvimos la satisfacción de comprobar que no eran vanas fórmulas sus ofrecimientos, pues el 12 de Octubre (1,905) elevaba al H. Ayuntamiento de esta ciudad una iniciativa para que esta H. Corporación mandase levantar, costeada por el tesoro Municipal, una estatua á la memoria del ilustre Licenciado Don Benito Juárez, en la Alameda de Santa Ana. Esta iniciativa fué aceptada en cabildo de 16 de Octubre (1,905). Posterior-

mente dirigió otra iniciativa á la misma H. Corporación Municipal proponiéndole acordara designar con el nombre de "AVENIDA JUÁREZ" la llamada calle real de Santa Ana; fué igualmente aceptada por el H. Ayuntamiento. Habiendo acordado la Delegación, en su sesión de 26 de Octubre de 1,905, la impresión de mil cartas circulares é igual número de cupones para recaudar fondos en todo el Estado, cumpliendo la proposición de la Comisión Nacional, se solicitó del Superior Gobierno la impresión de las referidas cartas; en respuesta dirigió esa Superioridad una copia del oficio remitido al Administrador de la Imprenta del Gobierno en que le ordenaba hiciese todos los trabajos solicitados por la Delegación del Centenario, sin ninguna retribución.

Al hacer esta ligera reseña de los trabajos de la Delegación teníamos por necesario enlace que hacer constar el valioso contingente con que el Superior Gobierno del Estado ha contribuído; y cumplimos con un deber de estricta justicia tributándole los testimonios de nuestro agradecimiento en nombre del partido liberal campechano, que ha visto con regocijo en tan digno mandatario, á un liberal íntegro y leal que lleva por heredismo la firmeza de convicciones y la entereza de principios, dos hermosas cualidades que fueron la característica de su ilustre padre.

En el programa de la Delegación figuran incluídas: la inauguración de un monumento en el Instituto Campechano, costeadado por los empleados y profesores, á iniciativa de su Director Señor Licenciado Francisco Perera Escobar; y la de una estatua levantada en la Alameda de Santa Ana, porque el Señor Director del Instituto Campechano y el Señor Presidente del H. Ayuntamiento, en atentos oficios se sirvieron participar á la Delegación su deseo de que fuesen incluídas dichas fiestas en su programa general.

El programa dispuesto por la Delegación y que aparece en otro lugar, fué ventajosamente cumplido. El día 20 á las 2 p. m. se dió en esta Capital una conferencia histórica sobre la vida y obra de Juárez, en todas las escuelas oficiales y particulares, para lo cual se invitó atentamente á los Directores de estas últimas, cumpliendo así uno de los artículos del programa general de la Comisión Nacional y cuyo signi-

ficativo acto se ejecutó igualmente en todos los planteles de instrucción pública del Estado, pues la Delegación en el artículo adicional de su programa tuvo la precaución de recomendar de una manera especial á todos los Comités no omitiesen la conferencia escolar y una manifestación popular ante la estatua, busto ó retrato del Benemérito; siendo satisfactorio consignar que en todos los programas remitidos por los Comités existen consignadas las dos fiestas que tan alta significación tienen por servir para grabar en la memoria de la niñez escolar y en la conciencia popular los gloriosos hechos que hacen merecer la inmortalidad al padre de nuestra segunda Independencia.

El día 21 á las 9 a. m., hora fijada por el programa, salió de los bajos del Palacio de Gobierno, una numerosa comitiva presidida por el Señor Gobernador y compuesta de todos los empleados públicos de la Federación y del Estado y muchos particulares, dirigiéndose al Instituto Campechano con el objeto de inaugurar un busto en bronce de Juárez, á quien el Instituto debe el haberlo favorecido con una suma importante de numerario que mucho contribuyó para su fundación. El monumento está colocado en una artística ménsula de piedra blanca, adornada con unas hojas de acanto á bajo relieve, delicadamente cinceladas por un hábil artista campechano. Al descubrir el busto el Señor Gobernador, la Banda del Estado ejecutó el Himno Nacional, el cual fué escuchado de pie por toda la concurrencia. Seguidamente ocupó la tribuna el joven poeta Salvador Martínez Alomía y con su habitual galanura deleitó al auditorio con una alocución en que se admiran la elevación de los pensamientos y el rico y deslumbrante atavío en que van envueltos. La dicción clara y sonora del orador y su insinuante actitud en la tribuna, donde tantos lauros ha conquistado, hicieron escuchara al terminar un unánime aplauso de la numerosa concurrencia que con religiosa atención lo había escuchado. Después de una pieza de música siguió su turno en el uso de la palabra al más atildado de nuestros poetas, el Licenciado Juan H. Brito, que tanto nos ha deleitado bordando en el canevá de su erotismo, las más delicadas flores que la lírica campechana ha producido y su clarín

épico los más desbordantes entusiasmos, los más emocionantes arrebatos. Sus afligranados alejandrinos fueron repetidas veces aplaudidos, y esta justa ovación que recibí esperamos sea un estímulo para no ser en adelante tan esquivo al llamado de las musas, acudiendo solícito á su reclamo para satisfacción de los amantes del verdadero arte y gloria de nuestra literatura.

El joven abogado Manuel Gutiérrez Zamora, invitó desde la tribuna á todos los presentes para concurrir á la manifestación popular que la juventud liberal había organizado y debía salir entre breves momentos del Parque Porfirio Díaz en el barrio de Guadalupe. El Señor Gobernador se dignó aceptar la invitación, y en unión de todos los concurrentes se dirigió al referido Parque. Al salir la manifestación el ilustrado Profesor Juan Bautista Flota dijo una valiente alocución con severas apreciaciones sobre el partido retrógrado. Encabezados por el Señor Gobernador, recorrieron los manifestantes las calles: real del barrio de Guadalupe y la del Comercio hasta la plaza de la Independencia, donde se disolvió la comitiva oficial; continuando los jóvenes manifestantes acompañados de numeroso pueblo. En los lados Nordeste y Sur de la citada plaza de Independencia, pronunciaron discursos los jóvenes pasantes de jurisprudencia Fernando Rivas y Francisco Field, respectivamente, habiendo sido muy aplaudidos. Siguió la manifestación por la calle del Comercio y al pasar por el Instituto Campechano el joven Luis G. Aznar Preciat, leyó un discurso ante el busto de Juárez, que acababa de inaugurarse, exhortando á la juventud á seguir honrando la memoria de los benefactores de la Patria; recorrieron la 1ª calle de San Román hasta el parque de este nombre volviendo por la 2ª hasta tomar la calle de Colón; en la esquina de la Farmacia "La Reina" el joven estudiante de derecho Manuel Suzarte Cabrera, dijo con florido estilo una alocución llena de arranques juveniles propios de su imaginación de veinte años. Al volver la manifestación á su punto de partida el Licenciado Manuel Gutiérrez Zamora dió las gracias en nombre de los organizadores á los concurrentes por haber acudido á su invitación, alentándolos á seguir venerando la memoria de Juárez. También el Señor

Cecilio C. Inclán despidió á la concurrencia con una corta alocución.

Esta manifestación popular de la juventud liberal ha merecido justos elogios por el orden que reinó en ella, sin que se haya apercibido la menor nota discordante. Los organizadores son acreedores á una felicitación, tanto por lo levantado de la idea como por la cordura y discreción con que fué ejecutada.

A las 4 y 30 p. m. se reunieron nuevamente los componentes de la Delegación, los empleados públicos, y los alumnos de todas las escuelas oficiales y particulares, en correcta formación, y presididos por el Señor Gobernador se dirigieron á la Alameda "Toro," del barrio de Santa Ana, con el objeto de inaugurar la estatua erigida por el H. Ayuntamiento, á nombre de la ciudad de Campeche. Al ser descubierto el monumento por el Señor Gobernador, los marciales acordes del Himno Nacional y los aplausos de una numerosísima concurrencia llenaron el espacio, presentándose á nuestra vista un esbelto pedestal con artísticos bajo-relieves sosteniendo la estatua del patricio en bronce blanco.

Cabe la gloria al Señor Doctor Tomás Aznar y Cano de haber inaugurado la primera estatua que se levanta en el Estado de Campeche, debiendo ser mayor su satisfacción por haber sido el iniciador de la idea, contribuyendo con su personal dirección para llevarla á feliz término.

Después de terminado el himno patrio, ocupó la tribuna el distinguido literato Licenciado Manuel Lavalle Barret, y en bien pensado discurso hizo una síntesis del estado político y social en que se encontraba México, en las épocas de la reforma, la intervención y el imperio, haciendo atinadas apreciaciones filosóficas y relatando los relevantes méritos de Juárez, sus altas virtudes cívicas y la enorme significación que su obra tiene en el presente. El Licenciado Lavalle Barret fué muy aplaudido al terminar su discurso.

Terminada la pieza de música "Mercedes" por la Banda del Estado, ocuparon la tribuna los niños Manuel Méndez Blengio y Manuel Manzanilla Batista recitando el primero una alocución patriótica á nombre de la Escuela "Mo-

delo Número 1," y el segundo una Oda á Juárez, en representación del Liceo de varones "Benito Juárez;" ambas piezas fueron dichas con soltura y naturalidad premiándolos el público con nutridos aplausos.

En la noche se efectuó una serenata en la plaza de la "Independencia," quemándose variados fuegos artificiales y elevándose vistosos globos; la concurrencia fué muy numerosa y selecta, habiéndose terminado después de las 11 p. m.

Las más gratas impresiones han dejado en esta ciudad las suntuosas fiestas del centenario, siéndole grato á la Delegación consignar en esta ligera reseña, que debido á la poderosa ayuda impartida por el Señor Gobernador y el Señor Presidente del H. Ayuntamiento se pudieron organizar de una manera tan satisfactoria.

Según los programas que tenemos á la vista, en todos los Municipios del Estado, de acuerdo con los elementos que poseén, se celebró debidamente el centésimo aniversario del natalicio de Juárez; mereciendo especial mención el del Carmen, en cuya ciudad, entre otras fiestas, se inauguró un monumento á la memoria del Benemérito de las Américas, en el parque que lleva su nombre. En Tenabo se puso la primera piedra del edificio escolar que llevará por nombre Benito Juárez. Y en Hopelchén se verificó una velada literaria á la cual concurrieron los habitantes de los alrededores, viéndose, según la crónica de la fiesta, una concurrencia sin precedente por lo numerosa y escogida.

La delegación en el Estado se congratula del éxito que en todo el país han alcanzado las fiestas del centenario porque sabe perfectamente que se debe al patriotismo de los campechanos, que siempre han sabido glorificar la memoria de los que expusieron su vida en sublime holocausto y nos dieron patria y libertad.

Campeche, Marzo 24 de 1,906.

*Manuel Cavalle Covián.*

Secretario.

---

---

## FIESTAS DEL CENTENARIO DE JUAREZ.

---

21 DE MARZO DE 1,806.

21 DE MARZO DE 1,906.

CON el objeto de celebrar con la debida solemnidad el Centenario del natalicio del Ilustre Ciudadano y Benemérito de las Américas Licenciado Benito Juárez, la Delegación en Campeche de la Comisión Nacional del Centenario, contando con la cooperación del Gobierno del Estado, del H. Ayuntamiento de esta Capital y de todos sus vecinos, ha acordado fiestas para los días 20 y 21 del presente mes de conformidad con el siguiente

### PROGRAMA:

DIA 20.

PRIMERO: A las 2 P. M. se dará en todas las escuelas públicas dependientes del Gobierno y Municipio, y en las particulares á cuyos Directores se invita, una lección de Historia Patria, dedicada á hacer el panegírico del gran Republicano, pintando los rasgos más característicos de su vida de patriota, y haciendo comprender á la niñez los motivos por los cuales la Patria agradecida festeja con inusitado entusiasmo el centenario de su natalicio.



GOBIERNO DEL ESTADO  
CAMPECHE  
ESTADÍSTICO E HISTÓRICO

SEGUNDO: Desde las ocho hasta las once P. M., serenata en la plaza de la Independencia; y á las doce P. M. las dianas y los cohetes voladores anunciarán el inicio del gran día 21, fecha memorable en los fastos de la República.

#### DIA 21.

TERCERO: A las seis de la mañana se izará el Pabellón Nacional en todas las Oficinas del Estado y de la Federación, en tanto que la Banda de cornetas y tambores del segundo cuadro de Batallón recorrerá las principales calles de la Ciudad.

CUARTO: A las nueve A. M., se reunirán en el Palacio de Gobierno los componentes de la Delegación, los funcionarios y empleados públicos de la Federación y del Estado y los particulares que gusten, para dirigirse al "Instituto Campechano" con el objeto de inaugurar el busto del Benemérito, de acuerdo con el ceremonial siguiente:

A. Declaración de quedar inaugurado el busto, hecha por el Señor Gobernador Constitucional del Estado. Durante el solemne acto la Banda de Música ejecutará el Himno Nacional.

B. Discurso por el Señor Salvador Martínez Alomía.

C. Pieza de música, "Alborada Primavera.".

D. Poesía por el Lic. Juan H. Brito.

E. Pieza de música. Marcha "Hidalgo."—Villalpando.

QUINTO: A las cuatro y treinta minutos P. M. se reunirán nuevamente en el Palacio de Gobierno los componentes de la Delegación, los funcionarios públicos, los alumnos de todas las escuelas oficiales y particulares, y presididos por el Señor Gobernador, se dirigirán á la Alameda "Toro" del barrio de Santa Ana, con objeto de inaugurar la estatua erigida por el H. Ayuntamiento de esta Ciudad, á nombre de la misma, y como un homenaje á la memoria del insigne Reformador, sujetándose este acto al orden siguiente:

A. Declaración de quedar inaugurado el monumento, hecha por el Ciudadano Gobernador Constitucional del Estado. Durante el solemne acto la Banda de Música ejecutará el Himno Nacional.

B. Discurso por el Señor Lic. Manuel Lavallo Barret.

C. Pieza de música: "Mercedes."—Paso doble.—Argila Niqui.

D. Alocución patriótica por el niño Manuel Méndez Blen-gio, alumno de la Escuela Modelo Número 1.

E. Oda á Juárez por el niño Manuel Manzanilla Batista, alumno del Liceo de varones "Benito Juárez."

F. Pieza de música. "Marcha Morisca."—Blón.

G. Ofrenda de coronas y flores hecha ante el monumento, por los alumnos de las escuelas.

H. "Himno á Juárez".—A. Machorro.

SEXTO: A las seis P. M., se bajará el Pabellón Nacio-nal con la misma solemnidad con que fué izado.

SÉPTIMO: De ocho á diez P. M., serenata en la Plaza de la Independencia, quemándose variados y vistosos fuegos artificiales.

NOTA.—Se suplica á los habitantes de la Ciudad ilu-minen en las noches las fachadas de sus casas, y las adornen con cortinajes durante el día.

ADICIONAL.—Los Comités Municipales en unión de los Ayuntamientos, harán su programa de acuerdo con los ele-mentos de que dispongan en la localidad; pero se les re-comienda de una manera especial no omitir la conferencia escolar sobre la vida y obra de Juárez, ni la manifestación popular ante la estatua, busto ó retrato del Benemérito.

Campeche, Marzo 18 de 1,906.

*Fernando Berrón,*

Presidente.

*Antonio I. Ramírez,*

Vocal.

*Fernando Carvajal E.,*

Vocal.

*Francisco Perera Escobar,*

Vocal.

*Ignacio Martínez Alomía,*

Vocal.

*José García Gual,*

Tesorero.

*Manuel Lavallo Cován,*

Secretario.

*Cenobio C. Inclán,*

Secretario.

EN LA INAUGURACION DEL BUSTO

EN EL

"INSTITUTO CAMPECHANO."





SEÑOR GOBERNADOR:

SEÑORES:

VENIMOS aquí á ejecutar un acto de justicia y á dar libre expansión al sentimiento altruista de la gratitud. Nos congregamos, jubilosos, en este recinto que ha servido de albergue al desarrollo de la intelectualidad campechana; que ha sido como el nido en que empollaran las aves de nuestra mentalidad, desde las águilas de la ciencia hasta los ruiseñores de la poesía, para erigir un monumento que perpetúe en bronce la figura de un hombre cuya memoria vive gloriosa y palpitante en la conciencia de un pueblo y de una raza.

La mano de nuestro digno mandatario ha descornado el velo, y ante nuestras pupilas dilatadas por la interna é intensa vibración del entusiasmo, aparece la efigie del indio oaxaqueño cuyos severos lineamientos, delatores de una heroica tenacidad y de una impavidez de esfinge, llevamos todos grabados en el sensorio con una impresión indestructible. Los llevamos grabados, porque un involuntario fenómeno mental nos obliga á asociar inevitablemente dos fases del recuerdo: el hombre y su obra. Se compenetran, se confunden, se identifican de tal modo el pensador y lo pensado, el ejecutor y lo ejecutado, que así al través de esas dos grandes tragedias que se llamaron la Reforma y la Intervención, se destacan, con una precisión radiosa, en la magistratura, en la cátedra, en el ministerio, en la presidencia, en el destierro y en el épico éxodo por los desiertos nacionales del Norte, el perfil zapoteca del sublimado aborígen y el legendario frac con el cual llegó hasta las puertas de la muerte que fueron, para él, las puertas de la inmortalidad.

No os extrañe, Señores, que una espontánea efusión lírica me lleve á diluir, en el desborde sonoro de la fraseología, el sentimiento de admiración y de júbilo que estoy viendo fulgurar en todos los ojos, palpitar en todos los corazones y difundirse en impalpables átomos en el aire que respiramos. A eso vengo, con vosotros: no á hacer historia, que yá está hecha y que todos sabemos; no á reseñar, con la minucia de un inventarista, viejos sucesos que todos conocéis; no á infundir en vuestros pechos el generoso movimiento de la veneración, que todos sentís; sino á unir, con vosotros, mi voz al coro excelso que en este día se levanta, vibrando por todos los ámbitos de la Patria, en loor de uno de esos hombres-símbolos que de tiempo en tiempo surgen del seno de la Humanidad, como para revelarnos, con sus proporciones descomunales, que no en vano aspiramos á la indefinida perfección de la especie.

Las antiguas mitologías paganas hubieran hecho de Juárez un Semidiós; el criterio actual de la Historia se conforma con ver en él un hombre; pero un hombre de tal manera extraordinario y completo que nadie ni nada podrán ya ocultar á las miradas del asombro ni sustraer á los impulsos de la gratitud. Las exaltaciones pasionales provocadas por el tremendo choque de las ideas reformistas en el baluarte maltrecho, pero aún erguido, de la reaceión, forjaron una leyenda diabólica en la cual aparecía como protagonista el Reformador, iluminado con la siniestra lumbre de los condenados dantescos, y casi como un mónstruo rebelado contra las enseñanzas de Dios y de su Iglesia. El inquieto espíritu jacobino, por su parte, pretendió condensar en el corifeo revolucionario todas las virtudes posibles, presentándolo como el Jesús de Ernesto Renán, tejido con immaculados hilos de pureza, de idealidad, de ensueño. Pero cuando á consecuencia de su obra misma, que lo es también de sus insignes colaboradores, las ideas difundidas á balazos y regadas con sangre, germinaron, echando hondas raíces en la conciencia nacional; cuando aprendimos á vivir en paz, respetando el derecho ageno, y pudimos estudiarnos y comprendernos á nosotros mismos, las leyendas del rebelado infernal y del immaculado celeste desaparecieron, perfilándose

en los campos de la Historia, la silueta del hombre cuyas acciones llevan en sí el sello característico de las cosas humanas. Energías, dignidad, atingencia, pureza, y debilidades y engaños y falsedades y egoísmo, todo junto, encuentra cabida en el molde de nuestro espíritu. Con todos esos componentes se completa el Ser; arrojadlo á la lucha, dadle campo á su actividad y la preponderancia de los primeros ó de los segundos factores hará de él un héroe ó un ignorado, un vencido ó un vencedor. No hay hombre perfecto; no hay hombre inmaculado. Exigid como una imperiosa necesidad para el triunfo, para el aplauso ó para la gloria esas cualidades absolutas, y veréis derrumbarse todos esos conspícuos de la guerra, la política, la ciencia y el arte que hasta ahora forman los grandes escalones de la Historia, los grandes escalones de la Humanidad.

Benito Juárez se destaca en el tiempo como una dilatada proyección de grandezas y virtudes humanas. Como Aristides, llevó ingénito el sentimiento de justicia que condensó en el conocido apotegma “el respeto al derecho ajeno es la paz,” base de toda estabilidad política y social; como Catón, tuvo por constante norma la austeridad y la pureza en las costumbres privadas; como Cuauhtemoc, moldeó su carácter en el yunque de la impasible tenacidad y como Garibaldi, creyó en la patria, única, libre, republicana y engrandecida bajo la egida de la gloriosa bandera tricolor que flotaba como un anuncio de esperanza en los combates.

Los huracanes de la revolución pueden, al desatar sobre las agrupaciones sociales sus cuadrigas arrolladoras, levantar, entre la polvareda, figuras que aparecen grandes porque giran y se retuercen sobre el espanto, sobre el fanatismo, sobre el tumulto anónimo, como las astillas y basuras sobre los grandes edificios de la ciudad; pero dejad que cese el viento, esperad que la gravitación llame á esos cuerpos á la tierra, al polvo de donde surgieron, y los veréis convertidos en el despreciable despojo de quien nadie se ocupa. No así el verdadero mérito: mientras más lejos en el tiempo lo analizamos, más grande nos parece; mientras más cerca en el espacio lo contemplamos, más irradiaciones y excelsitudes descubrimos en él; Juárez pudo pin-

társenos como un héroe de circunstancias, cuando el fragor de la lucha tenía ensordecido y amordazado el criterio; pero no se concebiría que un error en pro ó en contra del Reformador, del Salvador de la República, se perpetuara tantos años; y así el homenaje que con una espontaneidad y unanimidad sin precedente le tributa hoy la nación mexicana, no puede atribuírse sino á un dictado inequívoco de la Justicia, á un impulso expansivo de la gratitud nacional. A ese homenaje que en estos momentos está haciendo vibrar las cláusulas de bronce de la Epica y las sonoridades musicales aprisionadas en la red del pentágrama, y los vítores efusivos de las patrióticas muchedumbres, viene á asociarse con significativa festividad el "Instituto Campechano." Este plantel no sólo debe, como todos sus congéneres, á la obra de organización social, iniciada por Juárez, un vigoroso impulso, sino que directamente débele una concesión pecuniaria, hecha en circunstancias que requieren un doble reconocimiento. Así lo han comprendido los Profesores y empleados del Instituto á cuyas expensas se levanta el monumento que ahora inauguramos; ese monumento sencillo, modesto, pero lleno de magestad y de gloria que no sólo honra al Benemérito de las Américas, sino á ellos también, á ellos que tienen la más grande y más noble de las misiones sociales: orientar á los espíritus juveniles por la senda de la verdad y templar los tiernos corazones para las luchas del futuro, en el yunque del trabajo y en el crisol de la virtud.

Acaso no haya en todas nuestras luchas políticas, en toda nuestra evolución social, una vida más fecunda en enseñanzas para la juventud que la de Benito Juárez. El entusiasmo y la emulación se despiertan al seguir los pasos de ese plebeyo que, sintiendo sobre su frente el estigma de abyección que pesaba sobre su raza, pudo levantarse hasta las más grandes alturas del Poder y hasta envolverse en las nubes purpúreas de la Gloria. Ejemplo de constancia, de honradez y de firmeza, puede, mejor que nadie, sugerir el deseo de la imitación, fomentando la educación del carácter que es el factor más importante y más útil para todas las luchas y para todos los triunfos.

Por eso son más trascendentales y más hermosas que

nínguna otra, las fiestas que los centros docentes, cunas del progreso intelectual, consagran á enaltecer los méritos del insigne patricio.

Por eso en estos momentos me parece que vagan, entre las sutiles gasas de una fantástica visión, por la luminosa amplitud de estos claustros, las venerables sombras de nuestros antepasados; y extinguidas todas las pasiones personales, apagados los rencores y las exaltaciones políticas y religiosas, se acercan, desde el franciscano y el jesuita que nos trajeron las primeras luces de la Ciencia, hasta los últimos revolucionarios del viejo sistema de enseñanza, á unirse con nosotros para tributar su hemenaje de respeto y de admiración ante ese busto que se agranda hasta tomar proporciones gigantescas bajo la impasible serenidad de la Historia.

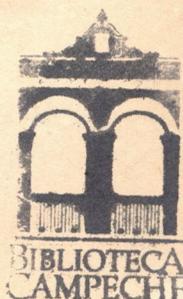
Creedme, Señores, la evocación de esas viejas sombras, de esos viejos nombres, nos fortalece y nos anima; porque ya no pensamos que sus manes se extremezcan en los arcanos de la eternidad, escuchando los ecos resonantes de la apoteosis de Juárez. Nada justifica ni purifica como el tiempo; y justificada y purificada por él la obra del Reformador, sus antecesores y sus contemporáneos, nos dicen ahora, algunos con sus voces de ultratumba (que son las voces de la Historia) que la perpetuación de su figura en mármoles y bronce, y la veneración de su memoria son actos de justicia y expansiones del sentimiento altruista de la gratitud.

He ahí perpetuada en bronce la figura del inmortal; del que hace cien años nació obscuro, pobre, ignorado, en un rincón de la Sierra de Ixtlán, para hacerse después, ante los asombrados ojos del mundo, el símbolo de la Justicia y la expresión del Derecho, y para la América, para los pueblos latino-americanos, el más insigne paladín de su independencia y de su libertad.

Señores: El Instituto Campechano asociará el nombre de Juárez en todos sus actos y en todos sus recuerdos, á los nombres de sus insignes fundadores, dos inmortales también: Pablo García y Tomás Aznar Barbachano.

Campeche, Marzo 21 de 1,906.

SALVADOR MARTÍNEZ ALOMÍA.





## ¡EXCELSIOR!

---

Pueblo, legión de libres, de históricas proezas,  
Que al grito del derecho rompiendo las malezas  
Como león herido volaste á combatir;  
Bien hayas porque honraste por selvas y collados  
De tu bendita tierra los días angustiados,  
Forjando en santas luchas su hermoso porvenir.

---

Ya que con noble orgullo levantas hoy la frente,  
Pues nada cobrar pueden pasado ni presente  
A los gloriosos timbres que adornan tu misión,  
Bien haces en unirte al mágico latido  
Que en día que no tiene con otro parecido  
En inefable júbilo confunde á la Nación.

---

El día del gran hombre, del pálido insurgente,  
Por línea recta hijo de Cuautemoc paciente  
Que se hizo incombustible por obra del deber;  
De Cuautemoc, de aquella galvanizada momia  
Que en medio del tormento su insigne credo encomia,  
"Primero es ser azteca que inútilmente ser."

---

Levanta aquí la efigie, tu heráldica presea,  
Que antes de ver los libros la juventud lo vea,  
Libro también abierto á todo santo amor.  
¿Ves ese enorme busto? Más grande fué el modelo;  
¿Ves ese duro bronce? Más duro fué su anhelo;  
¿Ves esa blanca piedra? Más blanco fué su honor.

---

El pliegue de sus cejas meditación augura;  
El tinte de su rostro, raza indomable y pura;  
Sus labios comprimidos resuelta voluntad.  
Callado como un muerto, tranquilo como un justo,  
El mismo parecía inanimado busto,  
Mas no de un simple hombre, de una fatalidad.

---

Mesías fué que trajo marcado su camino,  
Y andaba por el mundo con fuerza de destino  
Que á veces traslucía su impávida quietud;  
Por eso al arrojarse en pos de sus ideales,  
Regido parecía por leyes naturales  
De empuje incontrastable, de incógnita virtud.

---

Y tuvo sus desastres, y tuvo sus congojas:  
El ígneo sol, del árbol secó las verdes hojas,  
El sopló del desierto muy lejos las llevó;  
Se fueron uno á uno sus sueños más dorados,  
Se vió sin pan ni abrigo, sin tienda ni soldados,  
Sin norte, sin familia . . . ¡pero sin patria no!

---

Era su fuego interno, su punto de llegada;  
Jamás en sus caídas la confundió con nada  
Que incomparable y sola la patria siempre fué.  
Sintió por ella un culto inextinguible y hondo,  
Un culto que venía del transparente fondo  
De su alma siempre henchida de redentora fe.

---

Oh! pueblo, si la imagen del íncrito te arroba,  
No cumples con tenerla para adornar tu alcoba  
Con ese tibio afecto sin alas ni emoción;  
Llévala donde sea tu lábaro y tu palma,  
Do más que con los ojos la mires con el alma  
Más cerca, más contigo, á medio corazón.

---

Oh juventud!, oh emporio de espléndidos ardores!  
Mi lira te dió todas sus mieles y sus flores,  
No es hoy mas que una rama desierta para tí;  
Mas si en el alto impulso que á todos nos sublima  
Ofrendas animosa tu floración opima,  
Yo moriré bebiendo las mieles que te dí.

Campeche, Marzo 21 de 1,906.

JUAN H. BRITO.



EN LA INAUGURACION DE LA ESTATUA

EN LA

ALAMEDA "FRANCISCO DE P. TORO."





SEÑOR GOBERNADOR:

SEÑORES:

ERA el caos en el orden político, y el caos era también en el orden social, allá en aquel período creador de continuos sacudimientos genesiacos. La República sin vida orgánica propia aún para las grandes pruebas y los conflictos armados, provocados por ley de historia y lógica de hechos, en las primeras manifestaciones de una evolución, flotaba como un ideal sin forma en las indefinibles ambiciones dominantes, que la entregaron sin remordimientos á enervadoras luchas y revueltas. Por donde quiera alzábanse, como una protesta contra el orden y la estabilidad, delirantes concupiscencias, sembrando la desolación en aquel terreno entonces fecundo en revoluciones y catástrofes. De aquí que imposible de todo punto fuera que el elemento organizador, impuesto por el orden de cosas en la Naturaleza, refrenara las impetuosidades de aquel Océano que sin cesar se movía, como impulsado por leyes ó fuerzas que mal no recuerdan los primeros sacudimientos geológicos del Planeta. Al choque de las ambiciones quedaban encadenadas las voluntades, idóneas muchas para orientar la nave claudicante en el revuelto mar de la revolución; y el desaliento era algo así como un hálito de muerte que producía entumecimiento en los miembros y laxitud en los nervios, arrojando á la inacción de una parálisis estéril, los organismos creados para obrar, para moverse, para vivir vida de actividad y de amor.

El esfuerzo era infecundo, la iniciativa para las buenas obras estéril, los impulsos de la voluntad nugatorios, sólo la revolución que destruye, recogía en la desorganización reinante, alientos y esfuerzos para llevar en sus alas la miseria y el dolor. El cuadro que presentaba la República ofrecía

los sombríos delineamientos de una desolación: los campos permanecían abandonados, los talleres vacíos, las escuelas cerradas; sólo se escuchaba el ruido de las armas en los campos de batalla, y los horizontes se iluminaban por el continuo relampagueo de los cañones. Parecía el reinado del desorden. No bien habíamos planteado las primeras fórmulas de la República y la Democracia, cuando como por arte de magia soplaban ráfagas de fronda, que de raíz descuajaban las instituciones y los principios fundamentales del gran organismo político, elaborados no en las serenidades del gabinete, sino en medio de las turbulencias de los motines y de las agitaciones de los partidos. Todo esfuerzo organizador resultaba á la postre obra de abnegación, que apenas en el encadenamiento sistemático de los hechos tenía su minuto de vida. La desorganización en el orden político y en el orden social encadenaba todas las actividades, deprimía todas las energías, ahogaba todas las esperanzas; y el pueblo se asfixiaba en los campos de batalla. La sucesión de fenómenos en el campo de la política venía aparejada de profundas conmociones que sacudían hasta en sus cimientos la obra que levantara el esfuerzo colectivo ó la pasión dominante ó el amor ó el patriotismo; pero á la postre obra efímera en medio de las turbulencias de la revolución y de las amenazas de las facciones. Imposible de todo punto ante tal estado de cosas que las cimientos del Progreso orientaran, en el campo de la especulación, las actividades fecundas, los esfuerzos creadores, las iniciativas propulsoras; que faltaba la fé que es el estímulo, la esperanza que es el aliento, la confianza que es el impulso, la tranquilidad que es el halago. Y así, en tanto que las energías quedaban encadenadas y sujetas al movimiento envolvente de los hechos en aquel momento histórico, en el cielo de la Patria no despuntaba, bordando de oro los horizontes, ni un solo rayo del astro de la paz.

A las tendencias de organización oponíanse de continuo las resistencias, en formas varias, manifestadas, de bien heterogénicos elementos, que, en sorda ó franca lucha, sostenían, como un credo, sus aspiraciones ó sus ideales, á cuyo influjo los principios flaqueaban, los dogmas se rompían y quebraban, como las ramas al azote del huracán. Bien de-

fine y explica la Historia en sus anales estos fenómenos que tienen su vida en el tiempo y se reproducen en el espacio. Corrientes de contraria electricidad circulaban por la atmósfera y producían en el éter continuos estremecimientos que amenazaban como gritos de una gran conciencia superior. Sin embargo, la evolución seguía su curso, ya de antemano señalado por la ley que preside y formula estos fenómenos en la Historia. Era sólo necesario orientar el movimiento, encauzar la corriente, formar de la antítesis, la tesis y la síntesis, vinculando á estas leyes de la Historia, el encadenamiento, el choque, la amalgama de los ideales que habían creado la anomalía en la regular sucesión de los acontecimientos. El orden de cosas había escapado á la ley que preside los movimientos armónicos en las sociedades. Las tendencias activas, los ideales informes, las aspiraciones disím-bolas habían formado el criterio de aquel organismo social, que iba cayendo en los peligros de una disgregación, en las amenazas de un desquiciamiento. Los principios fundamentales del derecho, que son en el tecnicismo científico puras entelequias, eran fórmulas sin sentido, axiomas sin consecuencias, fuerzas sin acción, razones sin enseñanza, en las relaciones de los seres y de las cosas. Tenía por fuerza que brotar como una resultante de tales anomalías, la desorganización, la lucha de principios, el choque de fanatismos, el descrédito, el cisma.....

Para reprimir estos impulsos, para contener y cerrar las corrientes que se desbordaban, para definir lo que parecía indefinible en el proceso histórico que regularmente se desarrollaba, preciso era el esfuerzo en la acción, la firmeza en los principios, el yugo de una finalidad en la razón que descubre, en la voluntad que obra, en el sentimiento que idealiza y fecunda con sus creaciones y sus latidos. Realizar los ideales democráticos y republicanos en momentos nada propicios al florecimiento de las ideas y de los sistemas, resultaría obra de alientos, obra de esfuerzo titánico, obra de síntesis, obra de ciencia, obra de martirio y de dolor. De tal modo y por tal manera se habían entronizado el elevado privilegio y superpuesto el credo del retroceso que habían entrado como elementos conscientes en las ideas, errores é

incongruencias que á la postre diéronle forma y dirección á las cimientos de la inteligencia, los cuales á su vez impulsan y definen los movimientos en la sociedad. Modificar este estado de cosas, definir con auxilio de los principios fundamentales de la democracia, el proceso de la evolución; organizar, romper los viejos moldes de las preocupaciones reinantes en beneficio de la moral y del Progreso; hacer circular el criterio de la Filosofía de Tocqueville y de Larroque por el campo de acción de las tradiciones exóticas traídas por error á nuestro suelo, extirpar y romper ante los ideales democráticos un trono que asentó sus bases sobre la República misma, apagar una idea en pleno florecimiento, fué la obra sintética de Juárez. Obra de redención y de amor. La ley de gravedad de la Historia hizo descender aquel espíritu que era el esfuerzo, la acción, la inteligencia, la razón de vida de la República y de la Democracia.

Cartesiano en sus principios, sostuvo con entereza sus ideales, á pesar de las amarguras de su glorioso éxodo, que fué la consagración de sus vicisitudes, llevadas con sano amor patriótico hasta el sacrificio. Ante el empuje arrollador de las corrientes revolucionarias, su acción tuvo siempre recursos. Para el dictorio tuvo la obra; para el amago la perseverancia; para el sacrificio el amor; para la ingratitud la piedad.

Apegado su espíritu á las ciencias exactas, planteó sus fórmulas con regularidad matemática y llegó á las demostraciones prácticas, rectificando errores tradicionales que habían generado aquel flujo y reflujo de ideas, que tanto detuvieron el movimiento de orientación y de adelanto de la República. Débese en gran parte á esta circunstancia la tardía y la laboriosa gestación del progreso en sus varias manifestaciones de actividad y de regeneración.

La aparición de Juárez en el campo de las ideas y de los hechos fué una verdadera epifanía de la Historia. En el mismo estadio se encrespaban las ideas y chocaban y se rechazaban los hechos, que unos viven y se suceden en el tiempo por la vida y la savia que les infunden y les prestan aquellas. Por modo que para modificar unos era necesario orientar y encauzar las corrientes que generan aquellos pro-

ductos del espíritu en plena función. Juárez con su grande alma avezada á las obras de síntesis y de amalgamas, produjo labor de selección y de rectificación; acaso poco repetida en los anales de la Historia. El radio de su acción se dilató por todos los horizontes de la América, dando la pauta en estos encrepamientos de pasiones, de ideales, de preocupaciones que no bien enraizan en suelo sacudido desde su seno por los continuos desplazamientos producidos por el avance y desbordamiento de los principios democráticos.

Por ley de Naturaleza, Juárez llevaba en su organismo, en su alma, como una característica, como una esencia inmanente, la estructura, digamos así, del concepto, de la forma democrática. Fué producto del pueblo y vivió por el pueblo. Al lado de los suyos hizo su profesión de fé en medio de los ejemplos y los halagos. Por eso llevó al Poder la religión de su hogar y de su raza. Por eso fué grande. Por eso Juárez fué Juárez.

Tuvo las virtudes de Arístides, el patriotismo de Tra-síbulo, la austeridad de Catón, el arte de gobernar de Tra-jano. La República fué en sus manos el sagrado depósito de las democracias. Por eso la escudó con su fé, la salvó con su patriotismo, la santificó con su amor.

Sus leyes son fórmulas de moral y de progreso, informadas en el espíritu del movimiento de las ideas. Por eso han supervivido como cristalizaciones del alma nueva de la República.

Su espíritu vidente sacudió los arcanos del porvenir y tuvo previsiones que irradiaron como proyecciones de la luz de su inteligencia.

La República recibió de Juárez el primer aliento de vida, y entró á la corriente de la evolución, aniquilada, pero firme en sus bases y en sus principios. Por eso no sufrió la disgregación de las obras efímeras.

El ideal democrático tomó forma en las palpitaciones de vida del nuevo espíritu de la evolución, y fué como el verbo de la Filosofía del progreso.

La obra de Juárez fué una verdadera revelación en los anales de la Historia. Por eso tuvo prosélitos.

Su política fué la política de lo posible. Por eso tuvo adeptos.

El amor con que abrazó su credo, en la gran obra de la regeneración, fué ese amor sagrado que nace y evoluciona y crece al calor de los principios, al contacto de los dolores y las impiedades. Por eso no tuvo ocaso. Por eso tuvo siempre palpitaciones de vida.

Juárez fué hijo predilecto de la Democracia y padre de la República. Por eso en este día de apoteosis y de consagración para la Patria, de un extremo á otro del territorio resuena el himno eucarístico en que van rimados el amor fecundo y la gratitud nacional.

La efigie que hoy se yergue, coronada por el Sol de la tarde, es un símbolo. No sólo trae á la memoria el contacto de una forma en bronce esculpida y perpetuada, sino el recuerdo de un principio, de un esfuerzo, de una acción, de un sacrificio.....

Elevemos ante el símbolo el hosanna de nuestra gratitud y de nuestro amor.

Campeche, Marzo 21 de 1,906.

MANUEL LAVALLE BARRET,



EN LA MANIFESTACION POPULAR.





PUEBLO CAMPECHANO:

TÚ, que tan bien comprendes los principios liberales del 57, porque son tus principios; tú, que tan bien comprendes la obra de la Reforma, que Pablo García hizo tuya, sabes los sentimientos levantados que, como á ti, me inspira el sólo nombre de Benito Juárez!

¿Por qué á ese solo nombre se desborda la ola de nuestro entusiasmo, de nuestra admiración y de nuestra gratitud? Fué el hombre más valiente? Fué el más sabio? El más justo de la República? Que la voz ancestral del pueblo que fué compendio de miseria y de infortunio, venida de muy hondo, acaso de lo más hondo de nuestro ser, diga la historia de varios siglos de servidumbre, antes de conquistar su autonomía; que pasen por su mente muchos años de lucha fratricida antes de cimentar su forma de gobierno, y tantos días de congoja ante el posible naufragio de sus instituciones; y el hombre superior que nos abrió el camino de la igualdad, que recogió las tablas de nuestra ley en medio de un cataclismo y salvó con ellas la nacionalidad mexicana, aparecerá á los ojos deslumbrados del pueblo como un redentor, con las pupilas iluminadas por la videnia y la frente aureolada por la santidad.....

No. Juárez no es un santo, porque la santidad lo envilecería. No os hablo aqui de santidad que fuera la bondad infinita, sino de la que el vulgo concede á los que fueron al servicio de un dogma; de esa santidad que pasiva, en Gerónimo lleva al hombre al desierto y lo anula, y activa, con Loyola, entenebrece la conciencia y es escuela de errores y de odios.

Pero Juárez humano no es sólo un simple Jefe del partido liberal, demagógico y puro. Sus proporciones son ta-

les, que como el héroe de la leyenda democrática, inmortalizado por Michelet, muerto, sigue prestando sus servicios á la causa que en vida defendió.

De la vida de Juárez puede muy bien decirse que confirmó la frase de Aristides el justo: *todos los lugares son buenos para cumplir con el deber*. Profesor, abogado, juez, no sigue mas que los impulsos de su conciencia honrada; hombre de gobierno mejora la condición del pueblo, alienta á la juventud, protege la instrucción y encierra su programa de justicia en la fórmula del *respeto al derecho ajeno*, su más limpio blasón.

La obra del gobernante, que había de dar á la Patria como fruto tantos poetas y retores, tantos políticos y guerreros, aún comenzaba á florecer cuando la tormenta política que provocó el plan de Jalisco estalla en Guadalajara, sacude los Estados y triunfante en los convenios de Arroyozarco trae desde Turbaco, con un mal hijo de la Patria, el reinado del militarismo y de la traición. Y, víctimas del santanismo, son proscritos Ocampo y Arriaga, los apóstoles de la Reforma; Ruiz, el un día Ministro, terror del clero; Prieto, *el gran poeta de la Patria y de la Libertad*; Juárez..... Ya brillará para los oprimidos el sol de Ayutla, el día del triunfo de la gloriosa revolución que tuvo por objeto y llevó á cabo el establecimiento de nuestras actuales y más sagradas instituciones. Entonces vemos á Juárez, en la plenitud de la vida, reparar un error de Comonfort, que el valiente soldado de la República repararía con su propia sangre en los campos de batalla, entonces vemos á Juárez lanzarse en defensa de las leyes á una guerra sangrienta, con el fin altruista que explican sus palabras: *vale más una guerra que dos*: vencedor de un enemigo, que en el despecho de la derrota fué á mendigar á Europa, y obtuvo, lo que alguno ha llamado caricatura de monarca: lo vemos organizando la defensa del territorio que un momento pierde, nunca la fé en el triunfo de nuestra causa.

A que se debió el triunfo? A esa fé que nunca lo abandonó, á su energía inquebrantable, y también á su abnegación sin ejemplo. Él, como el primer Bruto, hubiera sacrificado á sus hijos por salvar á la Patria.

Pero lanzar á los sectarios del retroceso la voz de ¡Reforma! sabiendo que esa palabra de paz sería un grito de guerra; ahogar á la hidra de cien cabezas de la reacción, encararse con el traidor y llamarlo al deber y conjurar para siempre con un acto de alta justicia nacional los peligros de las llamadas intervenciones europeas en América, no es toda la obra ni la más grande que realizó Benito Juárez en su vida de justiciero y de patriota. Él llevó á cabo una grande obra de amor y de paz: la unidad nacional, y con ella la realización de su deseo expreso: *el espectáculo de nuestra felicidad.*

Esta es su mayor gloria. No importa que traten de opacarla los miembros de cierta asociación caduca. Latente en la conciencia de cada ciudadano, palpita en los monumentos que á ella levanta la gratitud nacional. Ha comenzado una nueva era para esa gloria, que es nuestra propia gloria. La estatua que la ciudad de Campeche erige hoy en la alameda de Santa-Ana es su símbolo. Ante ella iremos cada año á reanimar nuestros ideales de amor y de justicia: para una lucha que tiene por campo la humanidad, las armas del benemérito son nuestras armas, su nombre es nuestra bandera.

Campeche, 21 de Marzo de 1906.

FERNANDO RIVAS HERNANDEZ.





## COMPAÑEROS:

**E**N este aniversario glorioso, cuando un pueblo entero se conmueve al recuerdo de una fecha, para siempre memorable en nuestra historia, que encarna la epopeya sublime de nuestra segunda independencia, y la conquista de los sagrados principios de nuestras instituciones democráticas; y al recordar al grande hombre, al Benemérito de América, al inmortal Benito Juárez, siento, como todo mexicano, que acuden en tropel los legendarios hechos que forman la trama brillante de una época famosa en los anales de nuestra hermosa patria, y que se desborda el sentimiento, como deseoso de hallar la forma propia en qué concretarse, para poder elevar un canto digno del héroe de la Intervención y la Reforma.

Si así fuera, si pudiera seguir la inspiración que enciende el pensamiento de los poetas y que hace vibrar las palabras del orador culto y entusiasta, yo diría con ellos en ardientes frases, todo el amor que conserva la patria para el grande hombre, y toda la admiración que tiene para sus heroicos hechos, rindiéndole el homenaje que merece; pero de todo carezco, y por lo mismo, me limito á expresar con mis conceptos rudos, si bien entusiastas, todo el afecto que el mexicano, cuyo nombre me honro en llevar, tiene por aquel humilde y bendito indio de Gueletao, en cuyos sublimes ideales se inspiró la pléyade de héroes que nos dieron nuestra liberal Constitución y democrática Reforma, y en cuyo genio y patriotismo, se cristalizó nuestra heroica lucha contra la Reacción y el Segundo Imperio.

Sin aquel hombre magnánimo, sin aquel patriota eximio, sin aquel enérgico adalid de nuestras libertades, tal vez éstas no existirían, y tal vez obedeceríamos ahora al

retrógado partido que fué á traer al extranjero un irrisorio monarca, ó seguiríamos humildemente el carro del poderoso conquistador, dejando hundir en el más profundo de los abismos, la grande obra realizada á costa de cruentos sacrificios, por nuestros libertadores Hidalgo y Morelos, Guerrero, Matamoros y los Bravo; tal vez aún obligados á dejar nuestro nombre, nuestro idioma, nuestras costumbres, y nuestras leyes, recordaríamos con tristeza los legendarios hechos de nuestros padres, sin atrevernos á pronunciar sus gloriosos nombres, temerosos de que el tirano ó el conquistador extranjero, oprimiera nuestra garganta para extinguirlos en ella.

Pero, por fortuna nuestra y para gloria de la nación mexicana, hace cien años que vino al mundo en un humilde pueblo de Oaxaca, el que había de ser, á mediados de la pasada centuria, el apóstol de la buena nueva, el intransigente defensor de nuestra Carta Magna, y de nuestras públicas libertades, y con esto el adalid de aquella lucha magnífica, en que sostuvo en sus manos el lábaro santo de la patria, para legarnos á la vez que nuestros libres hogares, el ejemplo de sus virtudes cívicas, que son como el catecismo patriótico nacional, en que debemos inspirarnos para ser buenos ciudadanos, y en que deben inspirarse nuestros hijos.

Se comprende así que en este día glorioso, en que hace cien años alentó en San Pablo de Guelatao el genio que nos había de dar patria y libertad, se conmuevan doce millones de mexicanos, y que al recuerdo de tan memorable suceso, se eleven coros de voces en honor de aquel que salvó á un pueblo del despotismo y depresión en que se hallaba, para hacerlo vivir la vida de los pueblos libres; y se comprende que la gratitud y la admiración por todo lo que es noble y grande en el mundo, se despierten con estruendo, dando á conocer á todos los pueblos cultos, como celebra á sus héroes la nación mexicana, y como es digno, así, de ser libre y autónomo, un pueblo que glorifica de tal modo á sus grandes hombres.

Elevad, pues, conmigo, la voz, en loor del genio y del patriota, y acompañadme á glorificar al que consagró su

vida y sus talentos, á defendernos de la opresión del extranjero; ayudadme á bendecir al que tuvo siempre en holocausto perpetuo su existencia por la patria, y ensalzaed conmigo á aquel apóstol heróico, cuyo nombre es en América, el símbolo de la libertad.

Bendigamos también, á la providencia de la historia, que nos haya concedido la dicha de ver la luz de este glorioso centenario, en cuyo tiempo podemos considerar como concluida la obra de aquel libertador famoso, viendo á nuestra patria respetada y pacífica encaminando sus energías al progreso.

Mexicanos: Glorificad conmigo á la Patria y al héroe que hoy celebramos. Repetid conmigo: Viva la República Mexicana! Viva el gran Republico BENITO JUÁREZ!

Campeche, 21 de Marzo de 1906.

LUIS G. AZNAR PRECIAT.



210

---

SEÑORES:

**L**A Juventud Liberal Campechana, á la que tengo el honor de pertenecer, se ha fijado en mí, para que tome la palabra en esta significativa y solemne manifestación que, con motivo del primer centenario del natalicio del egregio Benemérito Licenciado Benito Juárez, celebramos hoy.

Nada más grato para mí que el levantar en estos momentos mi voz, y me siento enorgullecido por tan honrosa distinción. Nada más justo que rendir homenaje á la memoria del esclarecido y preclaro ciudadano, y creo cumplir con un deber que estimo, bajo todo punto de vista, sagrado.

No vengo, pues, Señores, á hacer el panegírico del ilustre y glorioso indio de Guelatao, nó, porque creo que tal pretensión sería tarea árdua y difícil para mí y reservada á otras personas dotadas de claro talento y vasta ilustración. Réstame decir, que si en este mi breve, pero sincero discurso, se me deslizan algunos errores, serán debidos á mis pocos conocimientos y escasa experiencia. No me propongo hacer un estudio de la alta personalidad á cuya memoria ofrecemos esta manifestación, sino simplemente hacer una ligera reseña de su vida, realzar sus méritos y grabar más profundamente su nombre en nuestros corazones.

La República toda levanta hoy un himno en honor de Juárez. México celebra unánime el natalicio del Gran Reformador é inmortal Republico. Hoy hace cien años que en las sierras de Oaxaca vió la luz el hombre que más tarde había de dar á los mexicanos Patria y Libertad. Por eso, México agradecido, lleno de entusiasmo, viene á ofrendarle sus respetos en este día.

Juárez es para la Juventud Liberal Mexicana, un es-

título y una bandera; lo amamos, lo veneramos y bendecimos su nombre. Ingratos seríamos si no lo hiciésemos y con justicia se nos llamaría malos hijos.

Juárez se agiganta en nuestra historia día á día. Su recuerdo nos levanta. Su nombre llena de patriotismo á los que amamos la Libertad. ¡Cómo, pues, conciudadanos, no honrar la memoria de ese hombre que lo sacrificó todo en bien de su amada Patria? ¡Cómo no tener nuestros labios una frase, una palabra de cariño y agradecimiento para ese hombre, que por sus propios esfuerzos supo elevarse á la primera Magistratura de la Nación, arrojando del país á sus opresores?

Juárez, de cuna humilde, descendiente del bajo pueblo, es grande, porque grande fué su obra, porque se impuso ante la Europa, la hizo temblar y reconquistó nuestros derechos.

Admiramos á Benito Juárez en su épica peregrinación á la frontera del Norte. Lo vemos sereno ante la adversidad. Desprovisto de ambición y de envidia, era de un carácter noble y sincero. Lo admiramos en la Heroica Veracruz proclamando altivo las sacrosantas Leyes de Reforma, arrancando al Clero todo lo que al sufrido pueblo pertenecía. Lo admiramos frente á frente de los enemigos de la Patria y tranquilo ante la desgracia.

Los constantes reveses de la suerte no le hacían retroceder. Las continuas derrotas no le hacían volver sobre sus pasos y desistir de sus sanos patrióticos propósitos, sino al contrario, el peligro despertaba en él mayores arrojos, nuevos bríos. Juárez tenía fé en la Justicia, tenía fé en Dios. Allá, en medio de la derrota, allá, en lontananza, veía dibujarse el carro esplendente de la Victoria, y para allá se dirigía, firme, viril, sin miedo, sin arredrarse y sin temor.

Mientras que la mayor parte de sus enemigos creían inútiles sus esfuerzos y creían alegres oír de sus labios el grito escéptico del Dante: "*Lasciati ogni speranza.....*" Juárez, tenaz en su idea, ya solo, ya acompañado, continuaba su obra. Por fin, sus esfuerzos se vieron coronados, y la Victoria justiciera, ciñó su broncínea frente.

El suelo mexicano se vió empapado con la sangre de

muchos de sus hijos y fué teatro de sangrientas luchas fratricidas. Entonces, México lloraba por su suerte y por el indigno proceder de algunos de sus viles ciudadanos.

¿Y quién fué el culpable de esta hecatombe? ¿Quién el autor de tantos derramamientos de sangre.....? El Clero. Allí un grupo de traidores que, en peregrinación, vá hasta Miramar á ofrecer al orgulloso Hapsburgo, el trono del Imperio Mexicano. Esos traidores, de la manera más ruín se arrastraron ante el trono de Austria, subieron quizá de rodillas las escalinatas del regio palacio, para pedir auxilio, protección, olvidando que vendían su Patria, á la Patria que es nuestra vida. No queremos saber si Maximiliano, por ambición ó creyendo erróneamente hacer un bien é implantar el orden, haciendo ondear la oriflama de la concordia en México, aceptó la corona. Sea como fuera, bastante cara pagó su osadía. Tres años más tarde, su testa coronada caía juntamente con la del fiero Mejía y la de Miramón el sanguinario, en el histórico Cerro de las Campanas.

La hora de la Justicia había llegado. Se hizo la Luz y apareció la Libertad. México se vió otra vez libre de sus opresores. La Europa quedó absorta. Las Américas entonaron un himno, lanzaron un aplauso de admiración, en todos los ámbitos del mundo resonó el sagrado nombre de Juárez, y fué proclamado Benemérito. En el cielo de México, desde entonces, quedó escrito con letras de fuego, el lema sublime: EL RESPETO AL DERECHO AJENO ES LA PAZ.

Juárez vió consumada su obra. Aquel indio descendiente de la clase más baja del pueblo, había sido su Redentor. Se hundió para siempre un trono hecho pedazos y una corona hecha polvo. Y de ese polvo, surgió la Democracia. Y al abismo rodaron el retroceso y el obscuratismo. El pueblo había roto las cadenas del yugo que lo sujetaba; había luchado con denuedo, luchado sin cesar. La enseña mexicana irguióse altiva, y el águila azteca desafió nuevamente las alturas.

México volvía á la vida, libre y feliz. Al Clero se le quitaron sus privilegios, y al Pueblo se le dió su Libertad garantizada con la gran Constitución de 57.

Pueblo, tú que eres grande, tú que eres bueno y justo,

entona cantos de amor á Juárez. Amalo fervorosamente, porque él fué el autor de tu segunda independencia. A él debes el que seas libre. Tienes, con él, una deuda de gratitud que es preciso pagues con tu cariño. Enseña á tus hijos á venerar y respetar la memoria del glorioso patricio. Pueblo, tú que premias á tus buenos hijos y castigas á los malos, bendice el nombre de Juárez: ¡¡Bendito sea!!

Campeche, Marzo 21 de 1906.

MANUEL SUZARTE CABRERA.



---

En la colocación de la primera piedra de la futura escuela  
"Benito Juárez," en Tenabo.

SEÑORAS:

SEÑORES:

**H**OY se conmemora en toda la extensión del territorio mexicano, el centenario primero del natalicio de uno de los más grandes hombres, cuyo recuerdo se destaca incólume en la memoria de los buenos mexicanos, y cuya figura se yergue majestuosa y orlada de un nimbo de gloria, en la Historia Patria.

¡El inmortal Juárez! El modesto indio de Guelatao, que alzándose por su talento, por su instrucción y por su civismo, sobre el nivel de sus conciudadanos, marcó una estela luminosa en su paso por nuestro planeta y por nuestra Nación, consagrando sus energías, sus aptitudes y su vida toda, al beneficio de este girón de América en donde se meciera su cuna. ¡Loor eterno al eximio Benito Juárez! Hace hoy un siglo que este genio viera la primera luz, en el seno de una modesta familia, que, al recibir con el ósculo del afecto al tierno niño, no podía presumir que éste fuera, más tarde, una de las figuras más imponentes y veneradas en la Historia Mexicana, como uno de los más incansables batalladores de la prosperidad, del mejoramiento moral, y del verdadero engrandecimiento de su Patria. ¡Juárez! nombre bendito para todo mexicano. ¡Juárez! encarnación del civismo y de la entereza. ¡Juárez! águila altanera que empuñando el lábaro santo de nuestra enseña nacional, y conduciéndola limpia y sin mancha á través del territorio mexicano, hasta el límite de la frontera del Norte, nos diera por segunda vez la independenciam y libertad, que conquistada sobre montones de cadáveres y ríos de sangre, como herencia preciosa nos legaran Hidalgo,

Morelos, Guerrero y mil héroes más, mártires de tan levantado ideal, y que pretendieron quitarnos unos cuantos hijos desnaturalizados de nuestra patria, para entregarla maniatada á un iluso príncipe extranjero. Empero, Juárez representaba la Soberanía Nacional. Juárez, dignificando el poder confiado á él por el pueblo mexicano, como Presidente de la República, se irguió altivo y sereno; aceptó, con la fé ciega en la causa de la razón y la justicia, el reto lanzado á la faz del pueblo mexicano por las naciones coaligadas, y con la firmeza de carácter que poseía, se lanzó á la lucha terrible, lucha que, por segunda vez, sostenía este pueblo heróico, que ofrecía con abnegación y en holocausto, ante el altar de la Patria, la generosa sangre de sus valientes hijos, por conquistar nuevamente su independencia y su libertad. Una vez más, México, orgulloso con su triunfo, y firme con la forma de su Gobierno Republicano, manifestó á la faz del mundo que no consiente jamás yugo extranjero. El epílogo de esta segunda etapa para conquistar nuestra independencia, tuvo por teatro el tristemente célebre Cerro de las Campanas, al rodar por tierra ante el fallo inexorable de la Justicia Nacional, la cabeza del infortunado Maximiliano, llamado Emperador de México. Triste y conmovedor espectáculo fué ese, ofrecido á la Nación, pero de forzosa consecuencia, para sentar de una vez en nuestro suelo el precedente de lo que puede un pueblo que lucha por su emancipación.

Juárez, el coloso de la inteligencia, el que comprendiendo que el origen y foco de las contiendas civiles, que orillaban al país á la ruina de su autonomía, y por tanto á su ruina material, era el predominio del partido clerical, potente con las inmensas riquezas conquistadas y acumuladas á la sombra y en nombre de una religión de caridad y paz, y destinadas tan sólo á mantener en ignición la tea de las discordias; persuadido de que era pernicioso la ingerencia del llamado gobierno eclesiástico, en las decisiones del Poder Civil; asumiendo la responsabilidad y las consecuencias que pudiera acarrear al país, el desarraigo de añejas creencias y supersticiones, con su valor civil, probado en cien ocasiones y con su alma gigan-

te, decretó las sabias leyes de Reforma separando á la Iglesia del Estado; nacionalizando los cuantiosos bienes eclesiásticos; clausurando los conventos, y fundando las leyes que señalasen el estado civil de los mexicanos. Obra tan colosal, asombró á propios y extraños, y acabó con las viejas tradiciones: golpe terrible asestado al clero que se consideraba invulnerable amparado por su llamado poder divino y que llevó el nombre de Juárez al apogeo de su grandeza y á la inmortalidad.

Por eso, hoy que se cumple el centenario de la venida al mundo de este gran Patricio, de este Benemérito de América, los pueblos todos, desde el uno al otro confín del territorio mexicano, le rinden el tributo de su admiración y respeto. Por eso, doquiera que se dirija la vista se encuentran demostraciones sinceras de regocijo; por eso hoy se canta en las fiestas que se le dedican el himno de alabanza entonado á su memoria; por eso hoy se inician en diversos lugares, obras que llevarán su nombre inmortal, y por eso, hoy se le erigen monumentos que perpetúen su memoria, como justo y merecido galardón á sus grandes proezas.

El pueblo de Tenabo, ilustrado, amante y admirador entusiasta del invicto Juárez, toma también parte en el regocijo nacional, y conmemora su natalicio con esta fiesta, colocando en este día de grato recuerdo, la primera piedra del edificio, que la munificencia de sus hijos, y de los amantes del progreso intelectual de nuestra naciente juventud, dedicarán para Casa-escuela, la que se honrará con su esclarecido nombre, y en la que, la generación presente y las futuras recibirán el pan de la instrucción que los arranque de las garras de la ignorancia y los haga ilustrados y cultos.

Descubrámonos, pues, Señores, ante la memoria de Juárez, y enseñemos á nuestros hijos á levantar en sus tiernos corazones, un altar, en donde la gratitud y el cariño graben su ilustre nombre.

Tenabo, Marzo 21 de 1906.

JUAN DE D. GARCÍA.

